

XV

SE VE PASAR Á VENDIMIÓN

Dejé el Astro..., y tú sabes que lloré, Vendimión;
¡tú nada más, en toda la vasta Creación!...
Lloré, en mi soledad de creador, augusta;
mi obra, fuera de mí, se me negaba, adusta.

Dejé el Astro..., y tú sabes que luché, Vendimión,
para librarle de toda desolación;
tus alas de murciélago enlutaban aquellas
sendas, desde las cuales me salí á las estrellas.

Te vi entrar en el Astro... Dijiste, Vendimión :
— ¡Pasto nuevo, en tus obras, le das á mi ambición! —
Como una nube y como un vendaval, caíste
sobre la criatura, recién hecha; tendiste
al racimo maduro la zarpa...

¡Cruzó un rastro
de sangre la serena virginidad del Astrol...

No era Dios. — Vi el horror de la devastación. —
No dije las palabras de la condenación;
entré, de nuevo, á ser parte en mi creación,
y hablando á mi Enemigo, le grité :
— ¡Rebelión!

VENDIMIÓN COMBATIDO

PRIMERA PARTE: HÉRCULES Y VENDIMIÓN

CANTO PRIMERO

LA FÁBULA

I

¡Oh, Rey! ¡Oh, Grecia entera en Eurysteol
¡Oh, fácil vida amena y triunfo breve!...
Hércules padre, en sus espaldas, mueve
la piel hirsuta del León nemeo.

¡Mirtos y rosas las columnas ornen
y, en los racimos de la vid, colgantes,
claven sus dientes, cuando en rueda tornen,
las Ménadas, danzando, y las Bacantes!

Hércules padre, como fruta tierna,
sacó en su mano, á prosperar la vida;
y en púrpura dejó la Hidra de Lerna
la dura planta de sus pies teñida.

¡Mármoles le consagren las ciudades;
los vates, himnos; y su nombre quede
grabado en el frontón de las edades;
y el gimnasio, en sus pórticos, le hospedel

El hijo de familias, cuando ausente
por los años esté del Gineceo,
aprenda en él una actitud valiente
que llevar al agosto Pritaneo.

Y las doncellas de la Grecia, ornadas
al modo de Asia, en el delgado lino,
perfumen con esencias derramadas
las encendidas aras del Divino.

En la piedad del sol, el mundo amigo
ríe al amor, ríe al placer y al juego;
duerme, en las sombras, Hades enemigo
bajo la inmensa paz del triunfo griego.

Disipa el mal su lúgubre amenaza;
y, reteniendo el colosal resuello,
Hércules dobla á un lado el ancho cuello
y hace sostén de su potente maza.

Recias vedijas en la plana frente
le ponen roscas de oro; por la dura
carne, que se le abulta en la figura,
va saltando la luz como un torrente.

Peñascos son los hombres, y en la axila,
los vellos que se encrespan, matorrales;
la curva de los músculos oscila
al golpe de las venas torrenciales.

Sangre, aun caudal, de la postrera hazaña
es lava en el volcán de su apariencia;
y remeda, en su gran magnificencia,
su torso, una vertiente de montaña...

II

La Humanidad, segura
de su triunfo, corona
de sonrisas divinas
tu fortaleza...

Tú eres
violencia y esfuerzo.

En el retiro muelle
de sus palacios, donde
los muros, en relieves
de alabastro, consagran
el luminoso triunfo
de Dionisos, bebe
Eurysteo los néctares
de la vida, seguro
del golpe de tu maza.

Y tú, padre y señor
de los héroes, recorres

la tierra inescrutada...
 Sorprendes el cubil
 de las fieras malignas;
 quiebras el vaso de
 las ponzoñas mortales;
 tu maza es el esfuerzo
 de los hombres, y tu arco
 su voluntad.

Exploras,
 investigas, descubres...
 Entras por los misterios
 de la tierra; te libra
 su secreto la Virgen
 inmaculada; sabes
 el camino del Orco
 y resistes, impávido,
 todas las seducciones
 del Enigma. Despojas
 de sus dientes la negra
 mandíbula del Tiempo.

¡Oh, no estar á tu lado
 para seguirte entonces,
 maestro de energías!
 ¡Oh, no estar á tu lado
 para salvarte entonces,
 cuando el río de sangre
 que dejaste á tu paso

se volvió contra ti
 tempestuoso!...

Estaba
 libre en tu armada mano
 la Humanidad; sonaban
 á tu paso los bronces
 de los escudos con
 el peánico ritmo
 de los himnos triunfales...
 Grecia, en el oro cálido
 de las consagraciones,
 tus deportes ungía...
 Sobre tus hombros era
 el resplandor magnífico
 de todas tus hazañas
 más que púrpura y rosas...

Y te amó Deyanira,
 de los ojos fatales,
 de los brazos ardientes,
 de los labios sangrientos...

III

Deyanira, de negra cabellera
 y de trágica línea en su hermosura,
 la piel fundente y áurea como cera,
 y de azabache la mirada oscura,

buscaba los unguentos exquisitos,
sabía en el festín, antes del lecho,
danzar según los orientales ritos,
como una flor estremeciendo el pecho;

llevaba descogidos los cabellos,
como un manto de sombra en sus espaldas;
los brazos, como lirio al sol, y en ellos
serpientes de amatistas y esmeraldas;

una redonda argolla le ceñía
la pierna, en el tobillo; era delgada
y toda su figura transcendía
á madera de sándalo quemada.

Labró para el amor su Gineceo;
blandas pieles echó sobre el mosaico,
y renovó á diario el Himeneo
con la solemnidad de un rito arcaico.

Yedra fueron sus brazos en la encina
palpitante del cuerpo del esposo;
su mirar, como luna en la colina
sobre las arrogancias del coloso.

Abrasó como paja sus hechizos,
jamás saciada en la diurna hoguera;
y las víboras negras de sus rizos
hicieron surcos en su piel de cera...

IV

Y Ella fué — aquella tarde —
tu destino : á su lado
volvías, embebido
todo tú en sus perfumes,
de los amores largos
en la selva sagrada...
Atravesaba un río
la pradera; saltaban
las aguas abundantes
en las redondas piedras,
con bullicio sonoro.
Dijiste :

— Atravesemos
el río. —

Deyanira
tuvo miedo. Dijiste :
— Te pasaré en mis hombros. —

Un Centauro lascivo,
viejo ya, que las ninfas
rechazaron porque era
para el amor inhábil,
se acercó :

— Dios y padre
— te dijo —, si tú quieres

pasaré á Deyanira
sobre mi espalda por
lo espeso de las aguas;
seré tu siervo, y tú
me darás protección
por mi servicio. —

Acaso

tú, en la palabra torpe,
buscabas la manera
de rechazarle, cuando
Deyanira, riendo
de la vil catadura
del Centauro, saltóle
sobre la espalda; puso
las sierpes de sus brazos
en torno de su cuello,
y reclinó en sus crines
la cabeza divina,
revolviendo hacia ti
los ojos puntiagudos.

Botó el Centauro ufano
y ebrio del tibio peso,
lanzándose á las aguas...
Deyanira reía
sintiéndole sumiso
bajo sus piernas; daba
trágicos alaridos

el Centauro, rompiendo
con sus brazos el agua
que bullía espumante
bajo su vientre...

Entonces

Deyanira, cuidando
que sus sandalias, hechas
de finísimo cuero
con broches de esmeralda,
se mojarían, hizo
presión en el Centauro
con sus dos brazos, y, ágil,
de un salto, las rodillas
le hincó sobre la espalda...
Y, agazapada, como
las tigresas amadas
de Dionisos cuando
se aprestan al combate,
bien ceñidos los brazos
al cuello del Centauro
y mordiendo sus crines
para aguantarse, tú
la viste adelantar
por entre el agua en hombros
del monstruo enardecido
hacia la opuesta orilla...

Neso, el viejo Centauro,
sentía que horadaban
su piel las dos rodillas
de Deyanira, ardientes
como dos ascuas; quiso
con sus brazos tocar
los brazos de ella...

Entonces

Deyanira, riendo
sonoramente, como
si las aguas del río
cantaran en su risa,
mordióle en las espaldas.

Y tú, que les seguías
desde tu orilla, inmóvil
y receloso, alzaste
tu arco seguro...

Daban

en tierra las dos patas
del Centauro: tu flecha
no aguardó que acabara
de dejar en la arena
la carga luminosa.
Clavósele en el pecho
silbando, y fué á borrar,
dentro de sus entrañas,
la imagen incipiente

de Deyanira.

Apenas
tuvo el Centauro tiempo
de decirla, en las ansias
de la agonía:

— Toma
sangre mía en tus velos
y, si Hércules un día
te olvidara, en mi sangre
tiñe su propia túnica
y volverá á ser tuyo. —

Deyanira, curiosa
de los usos asiáticos
y misteriosos, cumple
la voluntad de Neso.

Y cuando Hércules llega,
tempestuoso, haciendo
turbio el caudal del río
con la furia del paso,
Deyanira, mostrándole
el Centauro, le dice:
— Mira: cayó rendido
de mi carga; las patas
le esconden su cabeza

monstruosa: tu podías
excusarte esta flecha;
mi desprecio bastaba
para darle la muerte. —

Es el ocaso. Vuelven
á rodear tu cuello,
Hércules, los dos brazos
de Deyanira. Pesa
sobre ti como el fruto
sobre la vid: te inclinas
y besas sus dos labios;
y, en el beso, te agitan
pánicos misteriosos,
como si crepitara,
bajo tu boca ardiente,
la sangre de una herida...

INTERMEDIO

LA SANGRE DEL CENTAURO

Continuidad del mal, Vendimiión, consecuencia
y represalia eterna de toda violencia;

ponzoña de la sangre derramada, veneno
de la herida, humeante en la luz casta; cieno

y moho de la sangre que se come la espada;
condenación que fluye de la última mirada

de los heridos, gesto formidable de Neso,
que, moribundo, triunfa de su asesino ileso;

muerte perturbadora; violencia nacida
de violencia, ley sagrada de la vida;

sangre, en fin, del Centauro: Hércules ignoraba
tu poder cuando el nervio de su arco disparaba;

Hércules era rudo, audaz, ingenuo, fuerte;
para acabar el mal, lo escondía en la muerte;

en sus deportes era candoroso; creía
que llevaba en sus manos la final tiranía

de las cosas... Jamás se preguntó en qué ocultos
pozos se desangraban los miembros insepultos

de sus víctimas; hizo violencia á la vida,
amó las sierpes rojas de la sangre vertida,

fué glorioso, fué heroico, fué triunfador...

Su lauro

sería eterno sin la sangre del Centauro.

Porque Neso llevaba dentro de sus entrañas
la inflexible sanción de todas tus hazañas;

era tu sombra y era, cuando tú le encontraste,
la esponja de la viva sangre que derramaste.

Porque llenabas en cada golpe glorioso
de tu maza una vena de su cuerpo monstruoso;

y tus flechas hervían en sus cejas de erizo,
y tu ignorancia fué la madre de su hechizo,

Hércules... Frente estrecha, labio recio, hombro duro,
creías avanzar en tu fuerza seguro,

y fué argolla fatal en tus manos viriles
la soberana ley de los hilos sutiles...

Fuiste un gesto: la Grecia nos legó tu figura
de coloso en el mármol áureo de tu escultura;

no nos legó tu acción efímera — la eterna
quimera aun está en pie de la Hidra de Lerna —,

y estudiamos, en tu musculatura recia,
la potencia expresiva de las artes de Grecia.

Mi Vendimión enano de los ojos malignos
cabalga en tu Centauro — uno de otro son dignos —;

viejos los dos, afilan con paciente malicia,
para el mal, el supremo gladio de la justicia;

beben la sangre de las heridas, la esencia
vital que está en las ubres de toda violencia,

y truecan la eficacia de sus ardores vivos
en el mordente cáustico de ácidos corrosivos.

Héroe, recuerda á Neso cuando tiendas tu espada;
la material sanción le ha sido encomendada.

La sangre que derrames la recoge en sus venas,
y Deyanira, de las pupilas serenas,

insaciable, inconsciente, se adelanta á ofrecerte
la túnica fatal que te dará la muerte...

Héroe, lleva en tus manos, como Hércules, tu maza;
pero sea tu espíritu sobre ti la coraza;

porque el hechizo vasto, sobrehumano, del mal
queda flotando sobre las muertes, espectral,

y su cabeza sólo la aplastará, en su hora,
la espada del espíritu — mortal y creadora.

... En tanto, atravesando la tierra roja, llena
de cadáveres, pasto del cuervo y de la hiena,

mi Vendimión enano se coge á los dos hombros
de Neso; y en los huecos de todos los escombros,

en las grietas de todos los templos, en las ruinas
de todos los imperios y todas las doctrinas,

en el cimientó de los cadalsos, en todo
rastros de un cuerpo muerto sobre el fango y el lodo,

héroes, y entre las hojas de vuestro propio lauro,
pone una gota de la sangre del Centauro.

CANTO SEGUNDO

CONCLUYE LA FÁBULA

I

En el relente de especiosas gomas
la paz del Gineceo la consume,
y el cuerpo blanco Deyanira sume
en el baño de filtros y de aromas.

Sobre el mármol se alistan las redomas
del cromá, de los oros y el perfume;
y en la hora muerta la ventana asume
la molición del sol sobre las lomas...

Desde el baño en que templa sus ardores,
ve la mujer tenderse en espirales
el humo de su altar del Himeneo,

y se esponjan sus miembros como flores
en los vagos resabios autumnales
del solitario ardor del Gineceo...

II

Al furor de los íntimos impulsos
rinde la voluntad, como en despojos,
y se le agranda el blanco de los ojos
en la indomable privación revulsos.

La sangre late en sus delgados pulsos,
los dientes muerden sus dos labios rojos,
y revuelve el fervor de sus antojos,
como llamas, sus músculos convulsos.

Salta del lecho Deyanira : siente
que, como incienso, el aire se consume
sobre los oros de su piel ardiente...

«¡El dolor, el dolor contra el deseo!»,
murmura; y, flagelándose, el perfume
de su sangre alambica el Gineceo...

III

Hacen labor en la común estancia
las esclavas; el huso es una lira
entre sus manos, y el estambre gira
como un ritmo en la cándida abundancia.

Hablan de Hércules padre y su arrogancia,
que salva á todos y que Grecia admira;
pero entra en el recinto Deyanira,
soberana, á ejercer su vigilancia,

y callan todas... Una dulce esclava
de cinto egipcio, al penetrar la dueña,
el nombre del glorioso pronunciaba,

y Deyanira la llamó... — Vestía
túnica á rayas, y su piel sedaña
como un sol en el Iris relucía.

IV

— Le amas. Su nombre se cargó en tus labios
de todo el esplendor de tus hechizos;
le has dado el azabache de tus rizos;
tus ojos de los de él guardan resabios.

Núbil aun eres; mas tus brazos sabios
en los retorcimientos y macizos
son tus flancos; tus senos primerizos
no ha tocado la edad con sus agravios.

Le amas. Tu muerte me será tal goce,
virgen de las asiáticas pestañas,
que, cuando sobre el ara te destroce

y uñas y acero tus entrañas rajen,
¡beberé como un vino, en tus entrañas,
la sangre tuya, donde va su imagen!

V

Sobre el mármol del ara consagrada,
colocó los despojos inhumanos;
en sus redondos hombros pentelianos
es púrpura la sangre derramada.

La sangre, vivamente destriada,
hilos forma y anillos en sus manos;
y en efluvios de sangre sus tiranos
ojos volatilizan la mirada.

Su Gineceo calla : se derrama
sobre el dolor de la cruenta injuria
el nocturno estupor de su melena,

y, en la sangrienta emanación, la llama
de su antorcha alimenta la lujuria
roja, como el hocico de una hiena...

VI

Avanza Nipas, el esclavo dorio,
por el angosto pasadizo oscuro;
su mano busca en el pintado muro
la puerta del augusto dormitorio.

La encuentra y llama.

El paso atentatorio,
en el umbral detiéndose inseguro;
mas descorre el tapiz un brazo, puro
en su radiante desnudez de ivoryo.

— Sí, te he llamado. —

Y Deyanira, siendo
del mancebo en su lecho lo sepulta.
Luego se acerca impávida, esgrimiendo

la triunfal desnudez del cuerpo augusto
como un dictamen inmortal — le oculta
la púrpura de un velo todo el busto.

VII

Despierta Nipas... La mañana fría
su verdoso cendal cuelga del techo;
en el desorden del ajeno lecho,
torna el esclavo á la verdad sombría.

Toda envuelta en su púrpura, le espía
Deyanira implacable.

Contra el pecho
aprieta un corto gladio en que, deshecho,
su haz de lumbré una lámpara destría...

Se agranda el Gineceo profanado,
y, mientras ella la venganza acaba
del crimen que ella misma ha provocado,

con un deliquio intenso en que deslíe
todo el amor que su alma atesoraba,
el moribundo esclavo le sonríe...

VIII

— ¡Oh, torna, torna el Deseado! —

Olvida

Deyanira el perfume, olvida el baño,
y el broche de oro en el plegado paño,
y el aro en la melena descogida.

Se crispa en solo un ápice su vida,
y todo el resto le parece extraño;
un sueño su tormento y un engaño
de pesadilla la inquietud vivida.

La esperanza le para un alma nueva;
y porque quiere, en la cercana prueba,
que el de hoy supere al recordado beso,

á un esclavo le manda, cuando llegue
al pórtico el Glorioso, que le entregue
la exaltadora túnica de Neso.

IX

Rocas... Y sobre rocas, un nublado
mitológico...

Apunta, en cada grieta,
una sierpe de llamas; la saeta
de su lengua, un relámpago... — Llagado

el dorso en cuyo horror ensangrentado
la corrosiva túnica se aprieta,
trepá á la enorme soledad del Ceta
Hércules, delirante y desolado...

Crujen, al pasar él, los peñascales
que tuerce y echa atrás como breñales,
en el furor de su camino ciego;

arde, en su piel, la túnica maldita,
y á Deyanira, que le sigue, grita :
— ¡Aparta, aparta, que me come el fuego!

X

— Tienes poder para atreverte á tanto,
lira; no cierres el glorioso mito
sin diluir el postrimero grito
en una gracia espiritual de encanto. —

... Entra en las llamas Hércules: un llanto
hacen, sobre él, los astros, infinito;
mas Deyanira, en un siniestro rito,
le sigue al postrer tálamo.

Su manto

cierra el fuego sobre ellos; las nupciales
ansias se tornan luz en las triunfales
llamas que á consumirlos se derraman...

Y canta Grecia:

«No murió el Divino;
antes, sobre él, como un prodigio, vino
el claro Olympo en que los dioses aman.»

VENDIMIÓN COMBATIDO

SEGUNDA PARTE: VENDIMIÓN Y EL DANTE